



## LA CAMPANA DE DOLORES.

---

Era un pueblo, era una aldea  
Entre moreras frondosas  
Y parras de hojas lustrosas,  
En donde el sol espejea.  
El ambiente juguetea  
En el campo solitario;  
Cada rosa es incensario  
Que mece al pasar la brisa.  
Y á lo lejos se divisa  
La aguja del campanario

Ya va la noche avanzando.  
Las calles están desiertas:  
Y de ventanas y puertas  
Que pausadas van cerrando.  
Se escuchan de vez en cuando  
Los aldabones de hierro:  
Y allá en el lejano cerro,  
Como una loca que llora,  
Oyéndose está á deshora  
El triste aullido del perro.

Sólo tras de la vidriera,  
En la ventana del cura,  
Estrella en la sombra oscura  
Y que triste reverbera,  
Hay una luz, luz postrera  
Que se extingue hasta muy tarde:

De vigilia haciendo alarde  
En la soledad inmensa;  
Es que un cerebro allí piensa  
Junto á la lámpara que arde.

Allí está el hombre inmortal,  
Reclinada la cabeza  
En la tallada corteza  
Del respaldo del sitial.  
Sus ojos no dan señal  
De ver lo que le rodea;  
Y es que acaso centellea  
En su cerebro profundo,  
Llevada de mundo en mundo,  
La vibración de una idea.

Quien pudiera penetrar  
Por el velo de su mente,  
Hallara allí la imponente  
Tormenta como en el mar;  
Es que de tanto pensar  
No se comprende á sí mismo,  
Y en alas del fatalismo  
El y su genio, los dos,  
Como en el génesis Dios,  
Caminan por un abismo.

Avanza la sombra oscura  
Que cubre el pueblo y el valle,  
Cuando se oye por la calle  
El golpe de la herradura.  
Llega una cabalgadura,  
Y la puerta del curato,  
Abriéndose á poco rato,  
Le da á un jinete la entrada;  
La puerta queda cerrada  
Y él entra con gran recato.

Sale á su encuentro el anciano  
Lleno de inquietud y afán;

Y el valiente capitán  
Le besa al cura la mano.  
Al mirar al veterano,  
De su apostura al través,  
La vista duda si es,  
Por lo audaz y lo bizarro,  
Un capitán de Pizarro,  
O un cabo de Hernán Cortés.

Hay una dura expresión  
De su rostro en el contorno,  
Y revelan su trastorno  
Los golpes del corazón;  
Rasga el airado infanzón  
Los ojales de su peto,  
Y como un cartel de reto  
Que duelo de muerte anuncia,  
Saca un papel que denuncia  
La violación de un secreto.

Denuncia que fué arrancada  
Por miedo y terror profundo,  
De labios de un moribundo  
En la postrera boqueada:  
Cuando ya sintió quebrada  
El ala de la existencia,  
Del sacerdote en presencia,  
Por obtener el perdón,  
Consintió en la delación;  
¡Así te burlan, conciencia!

Sintióse herido el poder  
A tan formidable amago:  
Oponiéndose al extrago,  
A Hidalgo manda aprehender;  
Pero una santa mujer,  
A quien Dios señalar quiso,  
Mira la orden de improviso,  
El gran secreto sorprende,

Y angustiada manda á "Allende"  
El más oportuno aviso.

A los postreros fulgores  
Del muerto sol de occidente,  
Parte el capitán valiente  
Hacia el pueblo de "Dolores:"  
Viento y lluvia en sus furores,  
Nada son para su brío;  
El vuelo de su albedrío  
No hay quien detenerle pueda,  
Y al triste toque de "queda".  
Penetra al pueblo sombrío.

El hidalgo es la inteligencia  
De aquella gigante trama,  
Y su labio es quien aclama  
Al Dios de la "Independencia;"  
Mas ¡ay! que ya una sentencia,  
Fragor de rayo potente,  
Va á caer sobre su frente  
Hundiéndola en el ocaso.  
¿Quién puede avanzar el paso  
Sobre de la mar rugiente!

¿La muerte! el capitán grita,  
Y su frente se obscurece;  
El sacerdote enmudece  
Por largo rato y medita;  
Mueve los labios, se agita,  
Y sin esperanza alguna,  
Viendo extinguirse una á una  
Las ilusiones que abarca,  
Con fe se tira á la barca,  
Cual César y su fortuna.

A sus ojos se presenta  
La batalla aterradora  
Y su voz atronadora  
Invoca la lid sangrienta.

Al enemigo no cuenta,  
Mira á sus soldados fieles  
Cosechando sus laureles,  
De la batalla á las luces;  
Relámpago de arcabuces  
Y revolver de corceles.

Airado torna la vista,  
Y á la luz de su memoria  
Mira revivir la historia  
Terrible de la Conquista.  
¿Ah! ¿quién habrá que resista  
A su espada vengadora?  
Ya de otro siglo en la hora  
Su ánimo audaz no se arredra,  
Y salpica al Dios de piedra  
La sangre conquistadora.

Su corazón se reviste  
De una coraza de acero,  
Y busca airado al guerrero  
Que con más ardor embiste.  
Penetra en la "Noche Triste,"  
Y tal su despecho es,  
Que, de la sombra al través,  
Ve al conquistador tirano  
Lorar, y en su misma mano  
Bebe el llanto de Cortés.

Mira la terrible hoguera  
Donde Cuauhtémoc perece;  
Y hasta un genio le parece  
Que le entrega una bandera.  
Con el aliento quisiera  
Luchar, y fiero luchara,  
Hasta que rudo alcanzara,  
De venganza como ejemplo,  
Poner sobre el mismo templo  
De Huitzilopochtli el ara.

Tender osado la vista,  
Y al correr de sus corceles,  
Ir hollando los laureles  
Que arrebató la conquista.  
Hallar, como un fatalista  
En las sombras del canonic.  
La clara estrella del sino  
Cuyo fulgor reluciente  
Daba un mundo independiente,  
Como cifra del destino.

Como un relámpago ardiente  
Que en el cielo centellea,  
Rápida cruzó la idea.  
Por el campo de su mente;  
Volvió la vista doliente  
Hacia un Santo Crucifijo,  
Nadie sabe qué le dijo;  
Pero algo terrible fué,  
Que el sacerdote de pie  
Estuvo un momento fijo.

Murmuró después en calma:  
"Eres luz, libertad, gloria;  
"De tu martirio la historia  
"Se conserva en una palma;  
"Ves el fondo de mi alma,  
"Inspirame con tu aliento;  
"Al obscuro pensamiento  
"Que brota en mí, dale luz!  
"¡Ah! ¡Tú has muerto en una cruz  
"Y yo mi muerte presento!

"Que mi honra postrera sea,  
"Cuando yo mire seguro  
"En el horizonte obscuro  
"El porvenir de mi idea!  
"La ardiente luz que flamea,  
"Haz que mi mano no arroje,

"Aunque tu justicia enoje,  
"En tu altar yo la encendí;  
"Este suelo en que nací  
"Deja que mi sangre moje!"

La angusta calma recobra,  
Y queda parado entonce  
Como una estatua de bronce,  
Sin inquietud ni zozobra.  
Mide lo inmenso de su obra,  
Y mantiene un rato largo,  
En parasismo ó letargo,  
Entre dormido y despierto;  
Y como Cristo en el "Huerto,"  
Apura el cáliz amargo.

El tiempo corre insensible;  
Y el capitán, impaciente,  
Interrumpe de repente  
Aquél silencio terrible.  
"Salvarnos es imposible;  
"Morir sin nombre y sin gloria,  
"Sin dejar una memomia,  
"Cuando el corazón alienta!...  
"Obscura mancha de afrenta,  
"Donde eche un velo la historia!

"La patria tu sangre pide,  
"Dijisteis entusiasmado;  
"Y yo, patriota y soldado  
"Que nunca el peligro mide,  
"La ofrezco, y hoy se decide  
"El azar que voy buscando;  
"Al destino estoy rogando  
"Que temple mi duro acero,  
"Porque á rendirme prefiero  
"Morir en la lid matando!

"¡Combatir hasta vencer  
"Sosteniendo una bandera!

"Y si es preciso que muera,  
 "Lidiar hasta perecer;  
 "No como débil mujer  
 "Que mora tras la muralla;  
 "Ir al combate sin malla,  
 "Y envolverme temerario  
 "En ese blanco sudario  
 "Del humo de la batalla!"

Calló el joven; del anciano  
 En la pálida mejilla  
 Lágrima candente brilla;  
 Gota que encierra el arcano,  
 De aquél valor sobrehumano  
 Que ya su mirada advierte.  
 Con pulsación ruda y fuerte  
 Tiende el capitán los brazos,  
 Y sellan aquellos lazos  
 El heroísmo y la muerte.

—"Así os quiero, capitán,"  
 Dice con tranquilo acento,  
 Descubriendo el pensamiento  
 Que mueve su eterno afán.  
 —¿Dónde las huestes están?  
 Dice Allende: no me asombra,  
 Cuando á la patria se nombra,  
 Lucharé solo, he aquí mi acero!  
 —Daros esas huestes quiero,  
 Se las pediré á la sombra.

Con una ansiedad febril  
 Y su voz airada y bronca,  
 Despierta á un indio que ronca  
 En las losas del pretil.  
 Se alza asustado el "topil,"  
 Murmura el cura á su oído  
 Una frase, y sin ruido  
 Abre con calma la puerta,

Y poía calle desierta  
 Se ven la sombra perdido.

Mieras más la noche ahonda,  
 Se arstra más con cautela;  
 Se esiva del centinela  
 Y escide el bulto á la ronda.  
 No ha dintel do no se esconda,  
 Y cuñiendo como bueno,  
 De inquietud y miedo ajeno,  
 Llega la última casa,  
 Y en ada esquina que pasa  
 Le dama "cita" al "sereno."

Tónse después de un rato;  
 Los "uardas" van silenciosos,  
 Penetndo cautelosos  
 Por ezaguán del curato.  
 El ino con gran recato  
 Avisal cura que aguarda;  
 Ni un instante se retarda,  
 Sale ámoso el anciano.  
 Todo le besan la mano,  
 Mients él silencio guarda.

Dequél volcán que revienta,  
 A la rrible explosión.  
 Se acorda el corazón  
 Y el nimo se amedrenta.  
 Ya ninguno se da cuenta  
 De lo que escucha y espanta;  
 Dogase hace la garganta;  
 Quien huir, imposible;  
 Hay la mano invisible  
 Que voluntad quebranta

¡A morir! todos clamaron,  
 Lanzos sin saber cómo,  
 Y soe la cruz del pomo,  
 ¡INDPENDENCIA, juraron!

Libertad, todos gritaron!  
 Sonó su grito en la historia,  
 Y para inmortal memoria,  
 Se oyeron lentas, pausadas.  
 Vibrar "once" campanadas  
 Como once ritmos de gloria.

Convierte en tienda de guerra  
 Aquel "curato" ruín,  
 Y tiembla el vasto confín  
 De la americana tierra.  
 Ya nadie su paso cierra;  
 Se oyen repiques á vuelo:  
 Bóta guerreros el suelo,  
 Y el ibérico dominio  
 Oye el grito de exterminio  
 Que rompe y vibra en el cielo!

La Virgen de Guadalupe  
 Pone en la blanca bandera,  
 Y aquella turba altanera,  
 Cual ola que el mar escupe,  
 Lluvia torrencial que tupe  
 En la montaña y desierto,  
 Dirige su paso cierto;  
 Y ya en los campos de Marte  
 Iza el glorioso estandarte,  
 Cual nave que llega al puerto.

Quédóse el templo cerrado;  
 Despareció el sacerdote,  
 Y de la guerra al azote  
 Va en su corcel el soldado;  
 El caudillo denodado  
 Hace estremecer la tierra;  
 Nada su valor aterra;  
 Audaz, terrible, valiente,  
 A su voz toda la gente  
 Levanta el grito de guerra!

Mira el peligro el blasón  
 De la antigua monarquía,  
 La tierra que presentía  
 En sus ensueños Colón.  
 Siente roto el eslabón  
 De la americana zona;  
 Nueva conquista pregona,  
 Y jura á Dios y á sus leyes,  
 De los católicos reyes  
 No quebrantar la corona.

Torna á emprender la cruzada  
 Con el estandarte aquel,  
 Que vió la reina Isabel  
 En los muros de Granada.  
 Atrevida es la jornada,  
 El lance terrible es,  
 Ya tiene puesto el arnés  
 Y se lanza decidida,  
 Cuando ha quemado atrevida  
 Sus naves como Cortés.

Puede el sepulcro encontrar,  
 Luchando con fiera saña,  
 Como Hernando allá en España  
 La rota de Villalar;  
 Abandonando el altar,  
 Y con el místico arreo,  
 Busca á España en el torneo,  
 El sacerdote cristiano,  
 Y del estandarte hispano  
 Hace su primer trofeo.

En Guanajuato la altiva,  
 Lanza el turbión de su gente,  
 Cual desatado torrente,  
 Desde las rocas de arriba;  
 Allí el combate se aviva;  
 Terrible se hace el torneo;

Y entre el rudo clamoreo,  
Que llena el gigante foro,  
Siente sus entrañas de oro  
Temblar con el cañoneo.

Le contemplan las edades,  
Sobre su corcel violento,  
Atravesar como el viento  
Los campos y las ciudades,  
Rumor de las tempestades  
En ese grito que estalla  
En sus filas de batalla,  
Cuando á las primeras luces  
Llega al "Monte de las Cruces,"  
En busca de la metralla.

¡Cuánta admiración provoca,  
Cuando de virtud ejemplo  
La bóveda azul por templo,  
Y por altar una roca;  
Allí á la victoria invoca  
En aquel terrible embate!  
¡Angustiado el pecho late  
De duda, nunca de espanto;  
Que allí el "Sacrificio Santo"  
Es prólogo de un combate.

Ronco grito al fin estalla,  
Cuando al descubrirse el sol  
El ejército español  
Llega al campo de batalla.  
Heridas por la metralla,  
Del combate en el espanto.  
Allí se encuentran en tanto  
De la lucha en los horrores,  
La "bandera de Dolores"  
Y la que triunfó en "Lepanto."

El caudillo denodado;  
De la batalla en el centro,

Acude á cualquier encuentro  
Como un experto soldado.  
En el momento angustiado,  
Llegan y llegan legiones,  
Y lanza sus batallones  
Y los roncós alaridos  
Hasta cubrir con su pecho  
La boca de los cañones.

Del anciano á la influencia,  
Sigue la lucha empeñada,  
Sobre la arena escarbada  
Venden cara su existencia;  
Heróica es la resistencia;  
Pero su valor se agota,  
Lívido el pánico brota,  
Habla entusiasta el caudillo,  
Y en el campo de Trujillo  
Se declara la derrota.

De aquella sangrienta arena  
Como un sonámbulo sale:  
Sólo su valor le vale;  
Su actitud noble y serena  
Su voz tonante resuena;  
Donde el desorden se nota  
Carga la hueste patriota:  
El arma en el fuego temple:  
Y "Guanajuato" contempla  
Su más terrible derrota.

Quiere recobrar su fama;  
Con los restos de su gente  
Cierra denodado el "Puente."  
Y allí la victoria llama,  
Con el corazón la aclama  
Que rudo en su pecho late;  
¡Mas ¡guay! su pendón se abate,  
Y guarda como un blasón

El "Puente de Calderón"  
La historia de aquél combate!

Entre soñando y despierto,  
Va del desastre en la sombra;  
A su espíritu no asombra  
La soledad del desierto.  
Por la traición descubierto  
Cae en la red que le tiende:  
El enemigo sorprende  
Aquellos heroicos restos  
Y encuentra firme en sus puestos  
A Aldama, Abasolo, Allende.

Hidalgo, con faz serena  
Y con ademán severo,  
Va, como siempre, el primero:  
Alma de temor ajena,  
El sicario lo encadena,  
Con una furia cobarde;  
Y á la luz del sol que arde,  
Chihuahua los mira entrar  
Entre el rumor popular  
De su presa hacienda alarde.

El sacerdote se entrega  
En brazos de su destino:  
Es que un aliento divino  
A su ser sublime llega.  
Desde el patíbulo lega  
Al mundo que está delante,  
Ese espíritu gigante  
Que aún palpita en esta tierra,  
En cuanto aprisiona y cierra  
Del Pacífico al Levante.

¡Sube con tu frente clara  
Al cadalso, heroico ejemplo  
Para tí la historia es templo  
Y el patíbulo es el ara!

¡Lleva tu fama preclara  
Luz esplendente de gloria!  
¡Oh qué gigante memoria!  
¡Qué recuerdo tan profundo!  
¡Cumpliendo estás en el mundo  
La ley fatal de la historia!

De la existencia la tea  
Se extingue al golpe instantáneo,  
El plomo al herir tu cráneo,  
Dejará intacta la idea;  
El rojo sol que flamea  
Recorriendo el firmamento,  
Con el ímpetu del viento  
Que arrolla las tempestades,  
A las futuras edades  
Llevará tu pensamiento!

¡No temas, no; tu nombre  
No lo tragará el olvido;  
Que un pueblo lleva esculpido  
Con luz de estrella tu nombre!  
Tú serás, y no te asombre,  
Mito en las libres naciones,  
Y al sombrear tus pendones,  
Los altares de la gloria,  
Adorarán tu memoria  
Siglos de generaciones!

Esa campana que un día  
Entre el rudo desconcierto,  
Resucitó á un pueblo muerto,  
A una nación que dormía;  
La escuchamos todavía,  
Timbre augusto en nuestra historia,  
Que guardará esa memoria  
Entre su bronce bendito,  
Con aquel solemne grito  
De "Independencia" y de gloria.